

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pino Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kát sar

Capítulo VII : Polvo y sudor

por

Alejandro Pizarro Alamillo

La luna se marchaba a descansar con su luz mortecina y la primera palidez del alba se confundía en una semiclaridad fantasmal. Abrí los ojos con lentitud, la cabeza me daba vueltas y la boca me sabía a sangre y fango. Mientras escudriñaba a mi alrededor, divisé arbustos intensamente oscuros desperdigados sobre una colina. En varias ocasiones me pareció ver criaturas que se deslizaban a través de las sombras, me miraban y reían, y con rapidez volvían a desaparecer. Quise moverme y no pude, mi cuerpo estaba atado a un poste de madera en mitad de la nada, parecía que estuviese atrapado en un extraño sueño del que no lograba despertar.

La desesperación era aún más cegadora que el alba. Maldije mi estupidez y mi falta de reflejos al confiarme. Quien fuese mi captor sabía muy bien lo que hacía, debía haber estado siguiéndome durante todo aquel tiempo que me instinto me avisó a gritos y yo no quise escucharle, y había decidido lanzarse sobre mí en el momento más oportuno.

Una figura surcó la bruma del alba, envolviéndose de las cristalinas capas que fluctuaban en el aire. Unas palabras quebraron el silencio, pero fui incapaz de descifrarlas.

—Todavía dudo de que tú seas el famoso Kátsar—dijo la misma voz, esta vez sí entendí lo que decía—. Ha sido tan fácil darte caza como pescar o atrapar ranas.

—Suéltame y déjame demostrarte de qué soy capaz—respondí con voz carrasposa.

—No dudo de tu fuerza bruta, eres robusto como un venado pero idiota—la joven que se alzaba ante mí envuelta en una capa negra escupía con desprecio cada una de sus palabras—. Eres una vergüenza para los kristin.

Me estremecí al oír aquella palabra. Poca gente hablaba ya de los kristin, nos habíamos extinguido.

—¿Quién eres?—me oí preguntar con rabia.

—Soy la última kristin en este mundo, tú tan sólo eres una vieja gloria—siguió reprochándome—. Te has convertido en un borracho y en un cobarde.

Gracias al primer claro de luz, advertí una tez pálida que se ocultaba tras la oscura capucha de mi captora, junto a dos ojos de un azul intenso incrustados en un rostro inexpresivo.

—Tal vez sea un borracho, no te lo niego, pero no un cobarde—respondí removiéndome sobre mis ataduras—. Te vuelvo a pedir que me sueltes y saldemos este asunto, sin trampas ni dardos envenenados de por medio. Engaños y trampas, trucos más típicos de una mujer que de un kristin.

Mis palabras surtieron efecto y mi secuestradora se alteró en un abrir y cerrar de ojos. Se abalanzó sobre mí con un puñal que no tardó en presionar contra mi cuello.

—Cuidado, Kátsar. Ya has cometido muchas estupideces en tu huída a Mérlobock, no quieras cometer la última tan pronto—su aliento olía a cerveza, al parecer no era el único aficionado a la bebida—. Si no te he matado todavía es porque han puesto precio a tu cabeza y a tu espada. ¿Dónde escondes a *Esfinge*?

En un gesto involuntario, desvié la atención hacia la hoja. Como intuía, estaba manchada, había sido usada hacía poco.

—¿Has comido hace poco verdad?—pregunté de repente buscando su fría mirada tras la capucha— ¿Acaso no sabes lo incómodo que resulta llevar a cabo una persecución con el estómago lleno?

—¿Qué?

Antes de que mi sorprendida captora pudiese reaccionar, terminé de removerme entre las ataduras y en una muestra de fuerza bruta tiré con todas mis energías partiendo el poste. Caí hacia adelante derribando a mi secuestradora y una vez en el suelo rodé para liberarme del todo de las cuerdas que me aprisionaban. Me puse en pie de un salto y corrí como un rayo, en busca de la más que probable montura que ella debía de tener pastando en algún lado. Pero me equivoqué, ningún caballo salió a mi encuentro y antes de que pudiese pensar un segundo plan de escape, una saeta silbó en el aire hasta impactar con un sonido seco y mojado en mi muslo izquierdo. Caí de nuevo al suelo y grité con odio a los dioses y reyes del mundo por condenarme a tanto dolor.

Unos pasos se detuvieron junto a mí. Cuando levanté la vista me encontré con una joven de cabellos rojos y alborotados que se alzaba ante mí con una ballesta en la mano. Su capucha había caído hacia atrás tras mi embestida y ahora tanto su cabellera como su rostro estaban manchados de barro.

—Tu cabeza tiene precio, el resto de tu cuerpo no vale nada, de modo que no dudaré en cortarte las extremidades si hace falta para que no te me escapes—dijo apuntando con su arma.

—No malgastes tu tiempo ni tus flechas y mátame si tienes agallas, pues de ningún modo te diré donde está mi espada.

—Te lo estoy poniendo fácil, Kátsar—dijo suavizando su voz—, entrégamela y terminaremos con esto cuanto antes, o de lo contrario regresaré a esa bonita granja en la que te habías asentado y la encontraré por mí misma. No dudaré en prender fuego a esa pocilga si hace falta hasta encontrar el arma.

—Te haces llamar kristin y te comparas conmigo, pero un kristin jamás da caza a uno de los suyos. No eres más que una asesina a sueldo de pacotilla, que emplea trampas,

venenos y armas a distancia porque sabe que en un combate cuerpo a cuerpo no tendría nada que hacer contra mí.

Esta vez mis provocaciones no surtieron el efecto deseado. Intentaba por todos los medios que me diese la oportunidad de arrancarle la cabeza de aquel pequeño cuerpecito.

—Escogiste el bando equivocado, Kátsar—contestó inclinándose un poco hacia mí—. Ahora eres un proscrito y ya sabes lo que hacemos en nuestra tierra con la gente como tú.

—Pues no tengo interés en descubrirlo, prefiero quedarme en Mérlobock, dicen que aquí soy toda una celebridad.

La joven se inclinó un poco más sobre mí, agarró la flecha que atravesaba mi muslo izquierdo y comenzó a removerla, maltratando la herida a su antojo. Reprimí volver a gritar y apreté los dientes, con la desagradable sensación de que de un momento a otro reventaría mi dentadura si seguía apretando.

—Comienzo a cansarme de tu palabrería de bufón—dijo alzándose de nuevo— pero no te preocupes, tengo muchas formas de hacerte hablar.

Agarró con fuerza su arma y dándole la vuelta me golpeó en la cabeza con la cureña de la ballesta haciéndome perder el sentido.



Sentí el sabor de mi propia sangre en la boca. Tendido sobre el suelo comencé a murmurar y a agitar la cabeza, intentando despejar mis pensamientos. Un desagradable olor a pescado podrido inundaba el ambiente. Reconocí el aroma al instante, estaba de nuevo en Brionne, tirado en una de sus callejuelas angostas. Me incorporé poco a poco, todavía algo desorientado, apoyando mi espalda contra un muro para no caer de nuevo. De repente, unas garras me oprimieron la garganta. Iba a forcejear cuando descubrí que en realidad se trataba de un anciano que me sacudía con brusquedad.

—Eh, forastero, ¿estás bien? ¿Puedes oírme?

Recostado sobre el muro observé al hombre que me hablaba, reconocí aquel rostro oculto sobre una maraña de pelo blanco.

—Eres el anciano de La Sirena de Brionne.

—Y tú un extranjero borracho, hechas las presentaciones, ¿me podrías decir qué hace la nueva mascota del Hîr tirada como un perro apaleado?

Recordé lo sucedido unas horas atrás, mis pensamientos me torturaban por mi estupidez. Maldita sea, en qué me había convertido. Mi vida de forajido, la edad o tal vez mi afición por la buena bebida me estaban pasando factura. Había sido engañado y derrotado y lo que era aún peor, por una mujer.

—¿Me oyes?—preguntó el anciano zarandeándome y sacándome de mis profundos lamentos.

—Escucha...—dije de repente— necesito un caballo y un arma, el Hîr y su familia están en peligro.

—¿Cómo?

Mi captora buscaba a *Esfinge* y parecía estar más interesada en mi fiel espadón que en mi cabeza, de modo que regresaría a la granja de los Halfrings para buscarla, y como bien había dicho: no dudaría en prenderla fuego si hacía falta.

—Los forasteros solo traéis problemas, ¿qué te hace pensar que voy a ayudarte?

Recordé que en aquella tierra fría y hostil la lealtad a sus señores no existía, sólo había algo porque lo que los hombres hincarían su rodilla e inclinaría la cabeza: el oro.

—Porque vas a prepararme uno de tus estofados, una jarra de sangre de trasgo— comencé a citar mientras sacaba un saco con onzas de oro de una de mis botas y la agitaba ante sus narices—, también necesitare de tus utensilios de cocina para extraer la flecha de mi muslo.

Los ojos vidriosos del anciano se iluminaron ante el tintineo de las monedas.

—Ahora nos entendemos, forastero—contestó agarrando la bolsita de cuero—. Vamos a la Sirena de Brionne, te buscaré también ropa limpia, apestas a polvo y sudor.

Kálsar
